



Handwritten text, possibly a signature or name, written in cursive script.

Small handwritten mark or signature at the bottom center of the page.



335

M. S.

3 M

T. 1384294
C. 72147321

T. 310249
C. 72147337

ENSAYO DE UN DISCURSO

SOBRE

La Belleza

en la Naturaleza y en el Arte,

POR

D. Pedro Muñoz Sanz.



PALENCIA.

IMPRENTA DE JOSÉ MARÍA DE HERRÁN,
CESTILLA, 6.

1889

T. 1384294
C. 72147321



Es propiedad

Es propiedad
de

Mariano

Santos

Compendio de Retórica y Poesía
D. Pedro - por Muñoz Sanz

VII

R. 177305

ENSAYO DE UN DISCURSO

SOBRE

LA BELLEZA EN LA NATURALEZA Y EN EL ARTE.

Donde quiera que el hombre se dirija, dentro y fuera de su propio ser, en el mundo gigantesto y en el microscópico, en las inmensas regiones del espacio y en el planeta en que habitamos, en el orden de las ideas y en el de los hechos, en el mundo moral y en el artístico; en todas partes no verá sino manifestaciones espléndidas de la Belleza absoluta, Dios.

Cuando la apacible luz de la aurora rompiendo las tinieblas de la fría noche, anuncia á los séres de la tierra la próxima venida del sol, todos parece que se disponen á recibirle con cuantas galas les dió Naturaleza: las plantas y las flores abren sus tiernos capullos y matizadas corolas para hermoinear los valles y praderas, embalsamando á la vez el ambiente con sus suaves y delicados aromas; el arroyuelo que serpeando por el prado juguetea á su paso con las flores y cuelga de sus flexibles pétalos trémulas gotas de sus cristalinas aguas, que cual otros tantos brillantes reflejan la luz descompuesta en cambiantes colores: la suave brisa que en susurro misterioso á través del follaje y de las copas de los árboles, nos hace concebir la existencia de séres fantásticos y misteriosos: el dulce canto de las aves con sus amorosos trinos viene por último á completar este cuadro encantador en una mañana de primavera.

Cuando la noche tiende su negro manto sobre la tierra, brillan en el espacio innumerables astros, que cual faros de esperanza nos anuncian la existencia de otros mundos poblados, á no dudar, de séres aún no conocidos: y si con el auxilio del telescopio avanzamos por la inmensidad, nuevos y gigantescos globos se presentan á nuestra vista, que nos confunden, abisman y anonadan. ¡Belleza grandiosa! ¡Inmensidad sublime!

Contemplad el mar en su extensión sin límites y poblado de innumerables mónstruos ¡cuán magnífico nos parece! Vedle agitadas

sus olas por el huracán, descubriendo hasta sus más profundos abismos, que amenazan sepultar al infeliz navegante. Apesar de tanto horror, ¡cómo nos cautiva!

El solitario y abrasador desierto con su aridez aterradora nos conmueve. Ni un árbol, ni una yerba, ni una flor, ni una fuente: nada que dé señales de vida encierra en sí aquel mar de arena. En él encuentra sin embargo nuestra fantasía la sublimidad del silencio, de la soledad y de la muerte.

El ancho río que en hirviente catarata se precipita de elevadísimas montañas, cuya soberbia y nevada cumbre se pierde entre las nubes, ¡qué espectáculo tan grandioso no presenta á nuestra vista!

No ménos admirable se presenta la Naturaleza en el mundo microscópico. Si á través de ese aparato, que nos ha descubierto la existencia de pequeñísimos séres, hasta hoy desconocidos, miramos detenidamente una gota de agua, preséntase á nuestra vista como un lago poblado de animales de diversas formas, que nadan en la masa líquida, y de vegetales que flotan y viven en sus cristalinas ondas. El humilde musgo por medio del microscópio le vemos convertido en hermoso bosque.

Estudiad al hombre, ese *microcosmos* ó pequeño mundo, como le han llamado siempre los filósofos; porque compendia en sí todas las maravillas de la creación: física, intelectual y moralmente considerado es el más perfecto de todos los séres creados, y el que más se acerca á las perfecciones del divino Hacedor. La recta posición de su hermoso cuerpo, su esbelta figura, su frente erguida y su vista dirigida al cielo; el delicado mecanismo y la admirable distribución de todos sus órganos nos descubren á través de la materia la belleza más perfecta aún de su espíritu. Imágen de Dios, por medio de sus maravillosas facultades recorre espacios sin límites, conoce lo que fueron las generaciones pasadas, medita sobre lo que son las presentes, para predecir lo que han de ser las futuras. Investiga las leyes de la naturaleza, la arranca sus secretos y dispone á su capricho y para su comodidad de los poderosos agentes que en ella encuentra. Más aún: cuando el heroísmo de su virtud y la grandeza de su espíritu, en alas de su ardiente caridad, ó de su amor á la verdad, le conducen hasta el sacrificio, entonces se eleva á las regiones de la divinidad.

Pero si grande y admirable se presenta la belleza en el mundo físico, en el intelectual y en el moral, no ménos brilla su celestial efluvió en el artístico. Así como la Naturaleza es la obra de Dios, el Arte es la obra del hombre. El Arte es verdaderamente divino, puesto que imita á Dios en sus creaciones, y hace ostentación de la belleza en un grado más perfecto de lo que en el mundo real existe.

Sirviéndose unas veces de las duras peñas, como de blanda cera, expresa el sentimiento de lo bello en esas suntuosas catedrales góticas, que con sus espaciosas naves y esbeltas columnas, ramificadas en elegantes y atrevidos arcos á semejanza de las palmeras del Oriente, parece que elevándose á los cielos, nos sirven de escala para ascender á la mansión de Dios.

Otras veces grabando en la piedra y en otras materias sólidas, como metales, maderas, etc. los rasgos expresivos de la fisonomía y de las perfecciones del cuerpo, refleja el artista en sus estatuas la belleza del alma. Ciertó que la Escultura presenta aisladas sus creaciones y que solamente aparece en ellas un instante de la vida; pero en cambio el sentimiento y la idea que domina en el alma del artista aparecen con mayor animación y más claridad; siendo por lo tanto las impresiones que produce más enérgicas y duraderas. Quien haya contemplado una sola vez la estatua de Cristóbal Colón en Madrid, no podrá olvidar la impresión de grandeza, que en el ánimo produce aquella actitud y aquella mirada, reflejo fiel de la grandiosa idea, que agitó su espíritu, hasta que dió cima á su inmortal empresa.

Mucho más vasto se presenta al génio el campo de lo bello en la Pintura. Puede expresar valiéndose de la misma toda clase de afectos, sentimientos y pasiones, la voluntad y aun el pensamiento mismo. Se acerca más á la verdad de la naturaleza, reproduciendo las altas montañas y los amenos valles cubiertos de verdura y de variadas flores: el purísimo azul de los cielos con sus encendidas nubes y la luz brillante del sol con sus vistosos y variados colores. Es más: representa los cuerpos despojados de su natural pesadez, haciendo de este modo que lo material se acerque á lo espiritual, para retratar mejor los sublimes arrebatos del alma. En el conocido cuadro que representa la Inmaculada Concepción de María por Murillo ¿quién no admira á tan privilegiada criatura arrobada en éstasis divino, pura y sin mancha, á quien los mismos ángeles, que la sirven de escabel, envidian?

Entre el alma y los sonidos sin duda existen misteriosos vínculos, que sólo se comprenden por sus maravillosos resultados. Ciertamente que en la Música todo es vago é indefinido; pero en cambio su campo no tiene límites: es de las bellas artes la que más se acerca á lo infinito. Penetra hasta lo más íntimo del alma, y nos conmueve con un poder tan irresistible que en alas de nuestra fantasía nos eleva á regiones desconocidas, haciéndonos gozar de placeres no sentidos hasta entonces.

Más cuando la Música se auxilia de la Poesía, para determinar el sentimiento, que trata de expresar, entonces llega á subyugar y trastornar hasta el delirio á sus oyentes, produciendo en ellos mayor encanto que las más perfectas maravillas del génio. Las tiernas y apasionadas emociones del amor, las terribles agitaciones del odio y de los celos, el entusiasmo, la alegría y la tristeza, pueden ser expresados por el canto.

En el acto final de Favorita de Donizzeti, Fernando se expresa con tan profundo sentimiento que conmueve el corazón de los espectadores. ¡No es posible lamentar con más melancólicas y tristes notas la pérdida de la mujer idolatrada. La herida abierta en su alma enamorada no encuentra medicina capaz de cicatrizarla más que la religión. En el momento solemne de renunciar al mundo para siempre; cuando su amada triste y afligida oye desde la puerta del templo la voz de su Fernando, que pronuncia la tremenda promesa, terriblemente agitada exhala de su dulcísima garganta ayes y gemidos los más lastimeros. Fernando, hecha la profesión, sale del templo ya curado de su herida; pero ¡ah! pronto volverá á brotar sangre. Llámale la atención una muger, que se encuentra yerta casi exánime al pié de la cruz: la reconoce..... ¡infeliz! transida de dolor al ver perdido para siempre el bién amado, no ha podido resistir tan rudo golpe. Despierta como de un profundo sueño á la mágica voz de Fernando; pero convencida de la triste realidad, le ruega, le suplica, gime y llora en lastimeras notas al ver su resolución inquebrantable. ¡Qué lucha tan terrible se entabla en este admirable duo! De una parte el tiernísimo amor de aquella angelical muger, que le asedia, y de la otra la severidad del deber que se le impone. No es posible expresar con mayor vehemencia la lucha terrible de las pasiones.

En la música religiosa la animación seductora de la poesía cantada hace aparecer la fé y sentir al corazón, manteniendo absorto el

espíritu en profundas meditaciones. El *Oficio de difuntos*, ese canto tan patético y consolador ¡cómo nos hace ver la miseria y pequeñez de las grandezas humanas! Parece abrírnos de par en par las puertas de la eternidad, enseñándonos allá lejos de este mundo, la mansión perpétua del descanso, de la que pronto formaremos parte. El *Regem cui omnia vivunt* cantado en el templo hace que aparezca á nuestro espíritu la luz de la esperanza en la infinita misericordia de Dios. El *Miserere*, el *Te Deum*, el *Gloria* y el *Magnificat* ¿qué son sino exhalaciones del alma hacia su Criador? En el *Stabat Mater dolorosa* de Rossini, la música no canta, gime y llora de tal manera que el ánimo ménos susceptible de ternura no la puede escuchar sin grandísima emoción. “Jamás la música religiosa ha ostentado melodías más tiernas y apasionadas. Es verdaderamente maravilloso el efecto que produce esta obra artística en el ánimo de los fieles reunidos en el templo.

La Poesía si bién conviene con las demás manifestaciones artísticas en cuanto al fin, se diferencia notablemente en cuanto al medio de que se vale para la expresión de lo bello, cual es la palabra rimica; elemento no sólo más perfecto, sino más íntimamente unido al artista. Nadie como él puede expresar con mayor fidelidad su propia personalidad, caracter, ideas y sentimientos. El lenguaje ofrece al poeta una riqueza de medios de expresión inagotable: el espacio y las formas, las perspectivas, los colores y los sonidos. Los sentimientos, afectos y pasiones son expuestos de una manera determinada y concreta. En la Poesía se cifra y comprende cuanto existe en el mundo físico, en el de los hechos, en el de la razón y de la fantasía. ¡Con cuánta facilidad presenta en breves palabras cuadros bellísimos y llenos de ternura! ¡Con qué vehemencia el ímpetu de las pasiones! Comprende en sí el vasto campo de todas las manifestaciones bellas de las demás artes. Presenta á nuestra vista cuantas manifestaciones pueda realizar la Arquitectura y la Estatuaria en un edificio suntuoso, como la hace Victor Hugo en *Nuestra Señora de París*. Describe y pinta el poeta con tan vivos colores, que nos parece contemplar cuadros tan lúgubres como *Las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro; tan horrorosos como el de una tempestad en la *Enéida* de Virgilio; y tan placenteros como los de sus *Eglogas*. Con sus armoniosos versos y rotundos periodos imita la Poesía todos los sonidos producidos por los diversos objetos de la naturaleza: el zumbido del

insecto, el silvar del viento, el canto del pájaro, el gemido de la tórtola, el bramido del toro y el rugido del león; el murmurio del arroyo, el estampido del cañón, el ruido de la tempestad. Imita los movimientos: la rapidez del rayo, la velocidad del ciervo y la pesadez del buey. Por último imita el artista literario ó el poeta, y trasladada á sus composiciones, lo más difícil de imitar y de reflejar; los recónditos movimientos del espíritu, sus sentimientos, sus afectos y sus pasiones. La tranquilidad del alma, como se vé en la oda *A la vida del campo* de Fr. Luis de León: las amarguras del corazón y sus tristezas, como en la elegía de D. Ventura Ruíz Aguilera *A la muerte de su hija*: el entusiasmo, como en la oda *A la invención de la imprenta* de Quintana, etc.

Cuando como en el teatro y en el templo vemos todas las bellas artes conspirando al mismo fin, realizan verdaderas maravillas. En el Templo todas las clases sociales confundidas, el rico al lado del menesteroso, el ilustrado con el ignorante, animados todos del mismo pensamiento, de las mismas ideas se entusiasman, se alegran ó se entristecen, esperan ó lloran con la misma emoción. ¿Quién realiza esta igualdad y fraternidad en los afectos, después de la Religión, sino el Arte? De la multitud reunida en el Teatro cada cual lleva sus preocupaciones, su caracter, sus opiniones, sus inquietudes, sus dolores, su vida entera: comienza la representación é inmediatamente olvidados de todos nuestros males, de nuestros cuidados y de nuestros intereses, nos vemos agitados y conmovidos unánime y profundamente por desgracias ajenas y fantásticas. Personas de temperamentos opuestos, de distintas opiniones y de caracter contrario participan del mismo sentimiento, desapareciendo todas esas diferencias para manifestarse el ser humano, que aunque vario en sus individuos, es uno en su esencia. ¡Fraternidad sublime! ¿Quién sino tu, Arte divino, será capaz de realizar tan sorprendentes y benéficas transformaciones? He ahí porqué tus creaciones serán inmortales; y se derrumbarán los tronos, desaparecerán las generaciones, pasarán los tiempos; pero tus maravillosas obras no pasarán.

